

se sentía algo cansado de caminar kilómetros y kilómetros. A veces una pequeña desilusión lo embargaba y Laura luchaba en vano para ahuyentarla. Fuera de su ciudad natal había conocido aspectos nuevos de la vida, pero no tan nuevos ni tan interesantes como ella se imaginara. Y también había otra porción de cosas desagradables que antes ignoraba. Los hombres y las mujeres del circo, cuando abandonaban la pista y se despojaban de sus trajes brillantes, eran unos seres vulgares, unos pobres diablos. Los viajes en aquellos carros resultaban muy incómodos, las fondas modestas, donde paraban a descansar apenas unas horas, estaban frías y desapacibles...

Al fin una noche, cuando las exclamaciones del público se sucedían al ver volar hacia la mujer las hojas aceradas, Laura notó que su corazón latía con la misma igualdad monótona que cuando allá, en su casa solitaria, daba puntada tras puntada. Y tuvo que confesarse el definitivo fracaso de sus ilusiones.

Una tarde viajaba el circo por un camino polvoriento. Hacía calor. El sol hecho un disco rojo, desaparecía tras un altozano. Con el atardecer se levantó un ligero venticillo y Laura, que se abrasaba en su incómodo vehículo, descendió de él y comenzó a marchar a pie por un sendero que corría junto al camino. Era un senderito estrecho, formado sin duda por el continuo trajinar de los campesinos. El aire rozaba con una caricia fresca las mejillas sofocadas de Laura y sus pies hollaban con placer pequeñas matas de hierba que surgían aquí y allá, rebeldes a sucumbir bajo las pisadas. La luz violeta del atardecer y un olor a tomillo y a jaras que la brisa traía de un montecillo próximo, llevaron de nuevo a su alma aquel anhelo de soñar cosas lejanas, irreales...

Había en el circo un payaso grandote, con poca gracia para inventar chistes, pero buen acróbata, capaz de dar saltos elásticos y más de veinte volteretas seguidas. Estas habilidades, más que sus bromas, causaban las delicias de los pequeños espectadores. Aquella tarde calurosa, Martín, el payaso, se asfixiaba en su carromato, rodeado de fardos y de chismes incómodos. Viendo que se levantaba un poco de viento, decidió caminar a pie.

Y marcharon por el senderito, uno junto a otro, Laura y el payaso. Primero fueron en silencio. No se atrevía Martín a hablar porque el gesto abstraído de ella le hizo comprender que se hallaba entregada a íntimos pensamientos. Al cabo de un rato se decidió y comenzó a decir con voz tímida: «Qué calor tan grande! Estoy completamente agotado... También usted se sentirá cansada...» Laura se sobresaltó al oír la voz del payaso. Temió que viniera, con su realidad, a romper los dorados sueños. Pero, he aquí que éstos, en lugar de huir, continúan allí rodeándola, envolviéndola como en una nube de oro. La voz de Martín hablaba: «Es dura esta vida. Andar siempre. Viajar sin un objeto, sin la esperanza de llegar alguna vez a un lugar donde alguien nos espere. Sin tener en ninguna parte de la tierra nada que nos llame, nada que nos pertenezca. Solamente un cuarto de prestado en las fondas y unos cuantos aplausos del público. En verdad, bien poca cosa. Y yo ya estoy acostumbrado. Llevo esta vida desde muchacho. Mi padre era carpintero y quería enseñarme el oficio. Pero yo soñaba con ser artista de circo y un día tiré las herramientas y me escapé. En cambio usted... Usted no está acostumbrada a esto. ¿Cómo puede amoldarse?»

—Mi madre era costurera—respondió Laura—. Ella me enseñó a coser. Mi padre era albañil y con muchos trabajos y fatigas consiguió ahorrar lo necesario para construir una pequeña casa. Hace años que han muerto los dos y yo quedé sola en mi casa cosiendo de la mañana a la noche. Pero estaba tan vacía, tan triste, que un día se me hizo imposible seguir allí.

El sendero por donde caminaban pasaba ahora junto a un campo de trigo. Las espigas, altas y repletas de granos, se cimbreaban con la brisa formando ondas, como olas de un mar tranquilo. Martín, decía: «Oh, qué dicha tener una casa! Una casa que se sabe que es de uno, que nos pertenece toda, desde el ladrillo del tejado hasta el más pequeño objeto. Una casa que tuviera un balcón lleno de tientos que perfumaran el aire en las noches calurosas. Una casa donde haya una butaca cómoda para descansar terminado el trabajo del día. Y en las tardes invernales una mesa-camilla con su tapete

(Continúa en la pág. 50.)

